... y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.

San Juan, XVII, 14 y 15.

QUIZÁ por un instante, alguna vez, pudo abatir el ánimo, del hombre la contemplación del ancho mar, su horizonte lejano, la fuerza de sus aguas, y acaso alguna vez llegó a creer que no podría domar jamás sus furias. Sabemos si la historia existe es, sin duda, porque ese abatimiento tuvo su pasajero. Una experiencia renovada y acicateadora fortaleció su espíritu. lo salvó a sabiamente de su desorden y le proporcionó, finalmente, la ceridumbre de que podría vencer y dominar a las fuerzas ciegas. La historia es muy antigua, pero debe ser cierta porque de lo contrario no estaríamos los que somos. La reflexión y la voluntad de Ulises podían acrecentar sus fuerzas hasta hacerlas iguales a la de Polifemo, el ciclope hecho un mar de furor y cegado por su ansia previsora. Pero la misma experiencia enseñó al hombre a descubrir que lo que separaba el mar podía unirlo a frágil nave obra de su ingenio, y cuantas veces lograba el mar vencer gracias a derrota devorando el barco, volvía a construirlo, irrépido y tenaz, para oponer la fuerza de su ingenio a la fuerza de la naturaleza.

El mismo modo, tampoco se ha arredrado el hombre ante el desconcertante espectáculo de las fuerzas desconocidas que parecen regir la vida histórica, enigma éste que encombrece el enigma de la propia existencia del individuo. Frente al curso cambiante de las cosas, frente a la extraña fluctuación del destino de la comunidad y del destino del hombre, una y otra vez ha surgido la pregunta de cómo y cuándo los rige, y una y otra vez ha tentado el hombre la aventura intelectual de contestarla. Nace la teoría, y de ella se desprende una conducta. Pero muy luego muestra aquella respuesta su falsa correspondencia con la realidad, y es menester abandonarla. El enigma se venga del espíritu inquisitivo y el hombre naufraga entre sus altas olas. Y, sin embargo, como el náufrago que recorona al mar, vuelve el hombre una y otra vez a acometer la empresa de disipar las sombras, de aclarar el misterio.

En el esforzado y constante ejercicio de esa reflexión sobre el destino de la comunidad y del individuo, el hombre ha aprendido a conocer el mundo de la realidad histórico-social como algo que, en su múltiple y variable complejidad, se enfrenta con él en cuanto ser capaz de comprender y obrar. De este cotejo no ha salido ningún sistema por el momento. Luego ha crecido su soberbia y ha comenzado a acostumbrarse a comparar esas diferencias, atribuyéndose él misma misión de juez y de demiurgo.

Ciertamente, Ulises hubiera dado sin combate, víctima del propio terror, de no haber salido victorioso, para vencer a cíclopes, otras armas mil veces más poderosas que su clava. Esas armas descubrió también quien se enfrenta con el enigma de la vida histórica con decisión de esclarecerlo. El mundo del evangelista, la realidad que circunda y se opone al hombre, rinde su secreto ante su reflexión y su voluntad: esas son sus armas. Y desde que las describe y se convierte en que podría valerse de ellas con eficacia, el hombre adopta frente al mundo la altanera actitud de quien no pertenece a él sino que está sobre él para comprenderlo dominarlo, modificándolo a su guisa.

En rigor, no es esta la actitud auténtica, ni tan solo la del hombre de reflexión y de voluntad, la del que no teme ser aborrecido por quienes son ajenos a lo amado. También existe la del que se siente satisfecho con lo que le ofrece el mundo en su contorno y sólo aspira a adaptarse lo más exactamente posible. Pero éste constituye el elemento pasivo de la historia, en tanto que aquél es el fermento vivificador. El hombre de decisión y de voluntad es el que se desprende del contorno para contemplarlo a la distancia. Si se mantiene frente al mundo animado por un vivo sentimiento de insatisfacción y, lejos de abandonarse, propugna una imagen ideal de la realidad en la que ésta debe trasmutarse, entonces el hombre de reflexión y de voluntad adopta la apariencia del apóstol, trémulo de verdad y de esperanza. Es en su pecho en que se centran satisfechos a la realidad carecen de significación y no son sino una superestructura. Como predicaba el evangelista, son "del mundo", en tanto que él ha sido abandonado ya para jurgarlo y condenarlo, celoso de la perfecta entrevista en la imagen que ha forjado con su obstinada reflexión.

Empero, ¿qué es, con respecto a la realidad misma, la imagen cuya realización propugna el apóstol? Sin duda, abstracción pura: en la que se basa desvanecido los necesarios elementos de realidad para poder el paso a los únicos valores que el apóstol estima, despreciando la específica complejidad de la historia. Pero esa calidad de abstracción, sin embargo, no le resta, sino que por el contrario acrecienta, su fuerza. Su perfección no tolera el cotejo con lo real, y estimula el deseo de alcanzarla. El apóstol, no tan solamente un reflexivo y no vacila en propugnar una conducta, una forma de acción que lleve a la cual la realidad, "el mundo", pueda alcanzar la perfección soñada y tornarse otro mundo en el que no coexistan el bien y el mal, la verdad y el error, la verdad y la injusticia. Entonces su vida se hace apostolado, apartándose del mundo para sustraerse a el mal, y su existencia adquiere un solo fin que es el triunfo de su verdad abstracta e irrevocable, una verdad sin mácula, insensible a las exigencias demasiado humanas del error, de la injusticia y del mal.

Según el aire de los tiempos, así es el aire del apóstol; pero más complejo es el aire de los tiempos que a lo aparente porque el apóstol suele tener en lo profundo de su alma la certidumbre de que despreocupa del tiempo. Revestirá, según sea uso, el manto o la toga del sacerdote, el uniforme de el sayal del monje, la casaca del gentilhombre o la levita del jurgués o la blusa del proletario: pero el apostolado borra en el apóstol que se halla en cada lugar y lo proyecta desde su circunstancia hacia lo futuro, porque su espíritu no se detiene ante su misión sino bajo la forma de lo absoluto. Idéntico a sí mismo, conace bajo distintas vestidurras y se mantiene siempre idéntica su actitud frente al mundo.

Quien tiene fuerte fe anima a este hombre mortal que se ha atrevido a condenar sin temor ni clemencia la realidad que lo circunda. Con sagacidad irrefutable ha negado su autenticidad y su significación: luego ha escombrado su mundo, de sus ojos, que quisiera que fuera ya la nada. Ha levantado con la imaginación un edificio perfecto y puro de toda contaminación con lo que reprueba. El apóstol siente heroicamente para reconstruir heroicamente. En su espíritu se sustina de la ira de Dios: parece corpóreo y vivo, y no se agita más que una verdad inmensa y multiforme, en cuyos tentáculos caen para ser devoradas las formas inesperadas y cambiantes de la realidad. Frente a la réplica o la duda, su sorpresa sólo dura un instante: luego comienza a florecer su exégesis y, en su mente al amparo, su verdad quedará definitiva y fortalecida, porque el apóstol no vive sino por su verdad, que es lo totalidad sin concesiones reside a sus ojos, lo perfecto. No desconoce el enemigo ni substima sus fuerzas, sino que, simplemente, se desentiende de ellas. Los fines que persiguen están claramente representados en su espíritu, y está seguro de que llegará el día de la ira en que se desvanecerá todo lo falso para que pueda erguirse la verdadero; por eso no busca la occasional victoria sino el triunfo definitivo. Aspira a que sus fieles sean legión, para una legión incontaminada, preservada del mal, con la que podrá un día destruir: pues, pero es necesario escribirlo. Recordo de pronto la orden que él solía impartir a sus acólitos: "Hermanos, ¡a destruir! Y cuando tenía que anotar algo que se le exigía, siempre solicitaba la ayuda de alguno, que no tenía, no usaba: no era peligroso.

Entregado a tales reflexiones y caminando a paso vivo, en media hora llegó a su casa, es decir al zótano. Tenía papel de escribir y sobres, se recordaba. Los había visto en la gaveta de una derrengada mesa bajo el tragaluz, y allí se puso a escribir con un lapicilos. Sería de trasgos verticales, firmes, góticos. La estilográfica funcionaba bien. ¡Ah, qué tiempos los quince juilios!

"Querida Berta: Por fin me he decidido a escribirte. No nos hemos visto desde que me fuiste a la comprensión. ¿Cómo está Erica? Cumplirá seis años el próximo 17. Abrázala a nombre de su tío. Dile que es su padre quien la estrecha en sus brazos.

"Vamos directo sería decirte en tan pocas líneas todo lo que yo quisiera que supieses. Los jefes han muerto. Alemania ha muerto, pero nuestra fe renace. Lo sé. En 18 meses no me he atrevido a escribirte y tú apenas por cartas. No es a mí a quien desnazificarán por el cogote. Pero siento en lo más profundo de mi ser que el instinto no me engaña, nunca me ha engañado— que podemos confiar en lo que vendrá. Por eso escribiría estas líneas si así no fuese. Para hacerlo le compré a un rubi judío una estilográfica en el mercado negro. Más bien sentía irreprimible deseo de estrangularlo que comprárselo. Sin embargo, el que yo me vine impelido a adquirir esa pluma para decirte que abrazes a Erica en su cumpleaños. Es una pluma. Creo que no hay ya nada que temer, aunque las precauciones nunca estarán de más. Es otro tiempo grande. Puedo desechar el temor y ponerme a trabajar en la tarea de reconstruir mi Alemania. Es necesario, es imprescindible. ¿Cómo podría ser de otro modo?

"Me imagino tragado por la tierra... De vergüenza al tener que comprarle a un judío. Pero, ¿qué judío, qué judío, qué judío,